

¡Qué rápido pasa el tiempo!

Sara Giraldo Cadavid

Centro Educativo Autónomo

Grado Octavo

Talleristas María Valentina Montoya Sánchez y Santiago Higueta Manco

Mencionan los conocidos de Celia Sierra Valencia, que trajo al mundo 10 hijos, que su muerte es el más duro acontecimiento que han vivido. Fue un 13 de Julio de 1999, a los 70 años, debido a un infarto. Partió Celia, dejando en su familia un vacío difícil de llenar.

Morelia Cadavid Sierra, actualmente con 52 años y la hija menor de Celia, recuerda con nostalgia las palabras que decía su madre y los momentos que compartieron con ella, antes de morir. Menciona que su madre era muy devota y que algunas veces no dejaba de parlotear sobre las ganas que tenía de conocerlo, pero que sentía nostalgia y tristeza de solo imaginarse dejar a sus hijos.

Se dice que a Doña Celia siempre se le veía una hermosa sonrisa en el rostro, a pesar de los duros momentos que tuvo que pasar. Ella siempre andaba con su pelo corto y bien tinturado, además de que siempre se podía sentir su peculiar olor a rosas, por la loción que utilizaba.

Algunos vecinos dicen que siempre tenía comida para todos y su intención de ayudar a los demás no se hacía esperar.

“Sus fríjoles eran los mejores”, recuerda el mayor de sus hijos, de 62 años, William Cadavid, quien siempre extrañó la comida que su madre le preparaba y frecuentaba su casa para visitarla y probar sus platos de nuevo.

Doña Celia fue madre y padre a la vez, ya que su esposo Aníbal murió ahorcado en una fábrica textil por tratar de evitar un robo, dejando a la mayoría de sus hijos

menores de edad. A los niños no les hizo falta una figura paterna, dicen sus allegados. Su infancia aunque fue dura, no dejó de ser hermosa, a su modo.

¡Qué alcahueta que era con sus nietos!, dice Luz Elena Cadavid Sierra, una de sus hijas, de 63 años, quien fue testigo de todo el gusto que Doña Celia les daba. A Manuelita, la nieta menor, le hacía crespos con aguapanela, y no le gustaba que le cortaran el pelo; Camilo la hacía caer en su triciclo, por pura broma y diversión, y aun así ella se molestaba si lo regañaban. Ella nunca consentía que les pegaran a los niños, aunque sabía que en algunas ocasiones lo merecían.

Su hijo William nos cuenta que su madre sufría de diabetes, pero que amaba locamente a los dulces. "Nosotros la cuidábamos y no la dejábamos comer dulce" dice, pero a pesar de esto, ella escondía chokolatinas en un closet grande que había en la última habitación de la casa, y cuando no la observaban iba a comerse una por una. "Una vez Morelia le estaba organizando el closet y le pilló las chokolatinas" dice William con cierta risa al recordar el momento, Morelia le preguntó que por qué las tenía y doña Celia le respondió que eran para la visita, lo curioso era que doña Celia nunca daba dulces a sus visitas.

En diciembre, todas las reuniones se hacían en la casa de aquella señora, allí hacían hojuelas azucaradas para darles a los primos lejanos que venían a hacer la visita.

"Ella cuidaba mucho a sus hijas", dice Unfally Chaparro, una vecina amiga de la familia, cuando se le pregunta qué recuerda de Doña Celia. "Nosotras queríamos ir a los bailes del colegio, porque a Morelia le gustaba el profesor de filosofía, pero solo la dejaba hasta las diez de la noche y si se demoraba media hora más, iba a buscarla con una correa y que pela que le daba" cuenta aquella vecina.

Su hija Angélica Cadavid, con 57 años de edad, dice que le encantaban las porcelanas y los pandebonos, y que siempre que iba al centro le tenía que llevar

alguno de estos dos como regalo. "Pero como yo no le iba a llevar, si siempre que llegaba me estaba esperando con un café caliente y unas galletas integrales para que tomara antes de comer" dice con nostalgia Angélica.

Todas las historias que he escuchado han sido buenas, las personas hablan de doña Celia, mi abuela, como una persona ejemplar. Lo que me animó a escribir sobre ella es cuan feliz la veo en las fotos que le sacaban, el buen humor que me dicen que ella tenía. También lo trágico que fue su entierro, nadie que estuvo allí podía dejar de llorar, porque veían en Doña Celia un hombro de apoyo, una ayuda para todos y una felicidad. Con sus enormes ojos negros, su nariz pulida y sus cejas peludas; siempre tan interesada por verse bien ella y por ver bien a los demás. Disfruto cuando mi madre habla de ella, la emoción en sus ojos resalta sobre todas las cosas, la peculiaridad con la que lo cuenta me hace desear vivir el momento y haber conocido a mi abuela.

Para mí fue duro crecer sin alguien como ella a mi lado, pero las historias que han contado me animan y me ayudan a darme cuenta de que era una gran mujer, quisiera haberla conocido, pero solo he podido verla en sueños, aunque cuando eso pasa me levanto muy feliz.